

OBRAS DE MISERICORDIA

ESPIRITUALES.



L47 - 8299

NOS É HIJO, EDITORES.

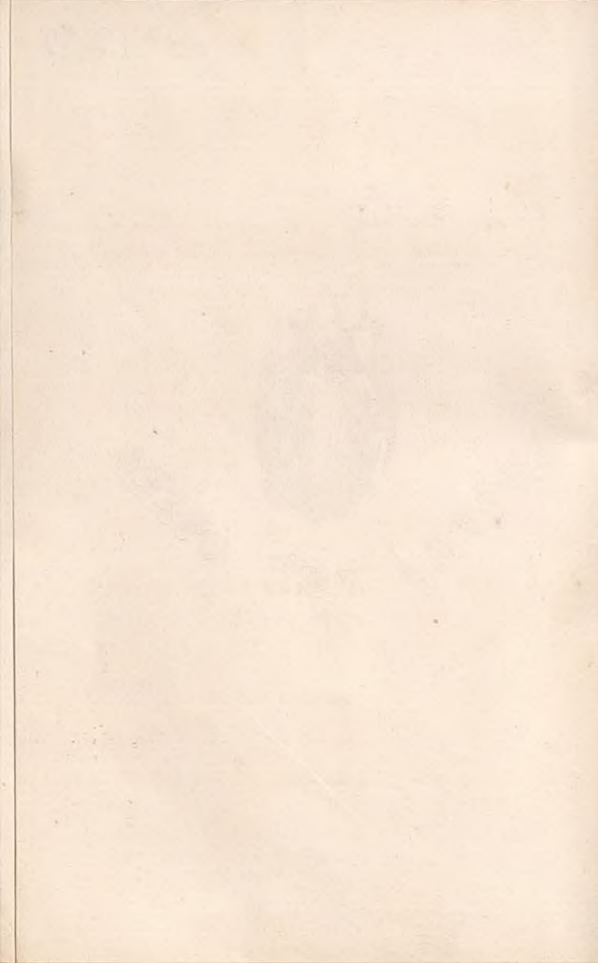




FIGURES

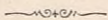
DEL

CELESTI



4.º Dic. 30
74

FLORES DEL CIELO.



LAS
OBRAS DE MISERICORDIA

(ESPIRITUALES)

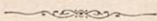
CON IMÁGENES.

EXPLICADAS Á LOS NIÑOS

POR

P. P. S.

É ILUSTRADAS POR BASTINOS, MORACHO, PARIS Y SADURNÍ.

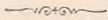


CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIAÍSTICA,

PRÉVIA CENSURA DEL

Rdo D. Juan Miguel Torres García,

CURA PÁRROCO.



BARCELONA.

J. BASTINOS É HIJO, EDITORES.

Boqueria 47, San Honorato 3, y Baños nuevos 1.

1874.

Handwritten scribbles

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

Imprenta de JAIME JEPÚS, calle de Petritxol, 10, bajos.



I.

Enseñar al ignorante.

Nuestra alma tiene tambien necesidades como el cuerpo, y tanto más sensibles y más dignas de ser socorridas, quanto aquella es la parte más interesante de nuestro sér. En efecto, si el cuerpo perece por falta de alimento ó de bebida, por el abandono en la enfermedad, ó queda insepulto despues de la muerte, el alma puede gozar en el cielo el premio de sus merecimientos; al paso que si ésta carece del alimento sano de las bue-

nas doctrinas, ó no recibe á tiempo prudentes consejos, tiene peligro de perderse en medio de lo que el mundo llama bienestar y felicidad.

Lo primero que pide el espíritu del sér humano, es la direccion de las ideas y su oportuno desarrollo y esclarecimiento, porque gravísimos daños causa la ignorancia; y todavía mayores, si cabe, la mala direccion y el mal consejo.

La mision de enseñar es, pues, sublime y santa cual ninguna; el Hijo del Altísimo no se hizo llamar Rey, Profeta, Sacerdote ni Doctor; quiso que se le llamase *Maestro*, y se dedicó á enseñar á los ignorantes, ya con sentidos discursos, ya con fáciles é inteligibles parábolas, sancionando su admirable doctrina con su santo ejemplo.

S. Casiano, S. José de Calasanz y otros muchos hombres, eminente-

mente sabios y caritativos, han dedicado su ciencia y su fortuna á fundar establecimientos en que los niños pobres reciben gratuita y caritativamente la educacion moral y religiosa y la instruccion verdadera.

Son sus imitadores y cumplen con este precepto de caridad, con esta Obra de Misericordia, los que dedican su más preferente atencion, sus más asíduos cuidados á la enseñanza de la juventud; las personas caritativas que se desprenden de sus capitales para fundar escuelas, y finalmente aquellos sacerdotes y maestros que desplagan un celo é interés superior á lo que el deber les prescribe, pues por más que las lecciones de los últimos estén retribuidas, esto no pasa de ser la asignacion con que el Estado ó los particulares atienden á la subsistencia de quien, ocupado en enseñar, no puede procurársela,

nunca el precio, de lo que ningun oro del mundo alcanzaria á recompensar cumplidamente.

No, hijos mios, ni la dotacion del Estado, ni la retribucion de vuestros padres, ni su fortuna entera que cedieran al maestro que con paternal interés os educa, os excusan de la gratitud que debeis tributarle: sólo ésta y la esperanza del premio en la otra vida pueden indemnizarle de la constante atencion que os consagra, del reposo y tranquilidad que pierde, de su vida entera que generosamente gasta y sacrifica.

Si hay alguno que trabaje lo precisamente indispensable para ganar su sueldo, sin otra mira que la de conservarlo, será el *mercenario* de quien nos habla el Evangelio, y de quien dice que *no son propias las ovejas que cuida*; á este tal ni los hombres deben gratitud, ni el Señor

otorgará su recompensa, porque ejerce un servicio retribuido; no practica una Obra de Misericordia.

El jóven Leandro, hijo del Baron de Arauz estaba dotado de una sólida instruccion y de un corazon que rebo-saba caridad y ternura. Pasaba todos los veranos en una magnífica quinta que sus padres poseian en una de nuestras provincias del norte, y como su corta edad, pues apénas contaba 16 años, y su delicada complexion no le permitian seguir á su padre, que con algunos amigos se distraia frecuentemente en la caza, no tenia otro solaz que el que le proporcionaba la lectura. Inspirábanle simpatia los niños pobres de la inmediata poblacion, al mismo tiempo que compadecia su ignorancia; y así determinó, con permiso de sus padres, dedicar las mañanas de los dias fes-

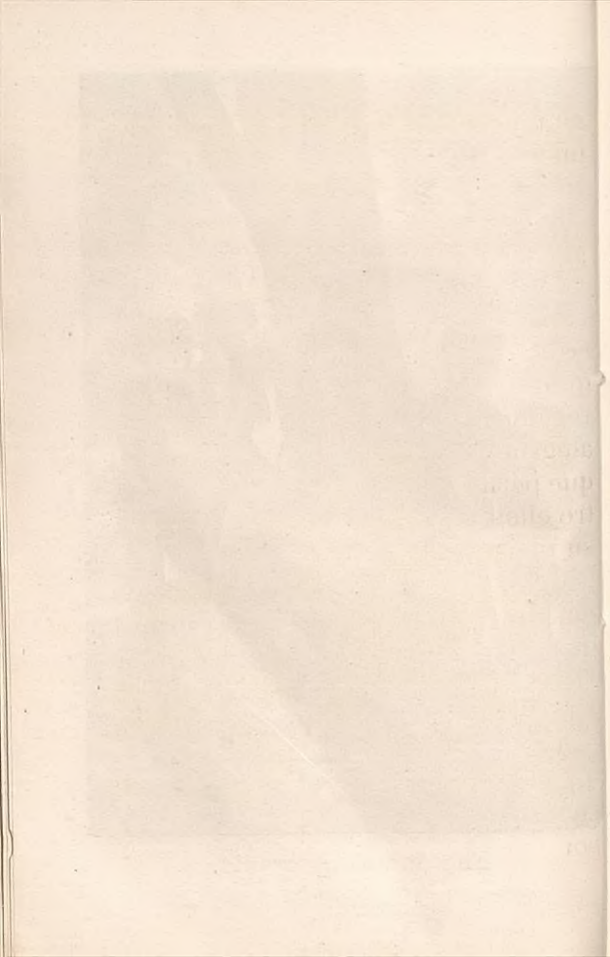
tivos despues del oficio divino, á enseñarles los elementos de la religion y de los conocimientos más necesarios.

Explicaba á todos las principales verdades de la fé, y los sucesos más interesantes de la Historia Sagrada, enseñaba á leer y escribir á los que manifestaban disposicion para ello, y extendiéndose en agradables disertaciones acerca de los objetos que á su vista se ofrecian, ora les comunicaba nociones de física, ora de historia natural, de modo que al propio tiempo que aprendian á conocer infinidad de interesantes fenómenos y comprender cuanto les rodeaba, pudieran con más claras ideas é inteligencia más ilustrada, alabar al Autor de la Naturaleza.

•En efecto, terminada la leccion, solian entonar un himno religioso que Leandro habia compuesto para sus



Enseñar al ignorante.



alumnos, enseñándoselo á cantar con unción y sentimiento, y se separaban con el corazón satisfecho.

Pasaron los años, y el virtuoso jóven tuvo la desgracia de perder á su anciano padre, entrando en posesión de su herencia. Ya entónces no se limitó á pasar los veranos en la quinta, sino que estableció en ella su residencia, y es imposible pintar la alegría de aquellos aldeanos, viendo que permanecería definitivamente entre ellos su bienhechor, su maestro, su mejor amigo.

Complacíase éste en recoger en amor y gratitud el fruto de la semilla que habia sembrado, y se deleitaba viendo la instrucción de los que habian asistido á sus clases dominicales.

La natural rudeza de la gente de su clase se hallaba sustituida en ellos por la afabilidad y la dulzura; todos

conocian las principales verdades de la Religion y las enseñaban á sus hijos, y la honradez y las buenas costumbres eran patrimonio de aquella aldea , cual si en ella se reflejase el espíritu de su protector.





II.

Dar buen consejo al que lo ha menester.

Si bien el mezclarse en asuntos ajenos y reprender á aquellos sobre quienes no tenemos autoridad, revela poca prudencia, y suele acarrear serios disgustos al que tal costumbre adquiere, hay ocasiones en que un consejo prudente dado á tiempo es el mayor beneficio que puede dispensarse á un amigo, á un pariente, y á veces á los mismos superiores.

Como todas las Obras de Misericordia, es potestativo el dar ó dejar

de dar nuestros consejos á quien no los pide, pero hay ocasiones en que al ver á un prójimo pronto á cometer una falta que su ignorancia le oculta, ó á la que le impelen sus pasiones, si no tratamos de evitarlo aconsejándole segun nos dicta nuestra superior instruccion y nuestra razon, seremos tan culpables cual si viésemos á un loco que corre á lanzarse á un abismo, y no fuéramos á detenerlo.

Nuestra indiferencia y egoismo nos atraerian la justa reprobacion de todos aquellos á cuya noticia llegase el suceso, nuestra conciencia nos reprenderia por no haber hecho con nuestro prójimo lo que quisiéramos practicasen con nosotros, y sobre todo, Aquel que todo lo vé desde su excelso trono, castigaria nuestra falta.

Desde el Precursor del Mesias que sufrió la pérdida de su libertad y

despues la muerte por aconsejar al impío y cruel Herodes que refrenase su conducta, muchos justos han imitado su noble ejemplo, incurriendo en la cólera de los grandes de la tierra por no aprobar sus injusticias y sus errores.

Rafael y Luis eran inseparables amigos, pero tan diferentes en cuanto aljuicio y reflexion, que podia decirse que el segundo era un simple mortal, y el primero, su ángel de la guarda. Solian ir juntos á la escuela, y cuando Luis tenia deseo de marcharse á jugar, el discreto compañero le rogaba con tanta insistencia que no faltara á la clase, que vencido por las instancias de su fiel amigo, asistia á ella de muy buena gana.

Cierto dia, habiendo ido los dos al bosque á buscar nidos, perdieron el sendero y se fatigaron muchísimo; el

hambre y la sed les acosaban, cuando por fin quiso Dios que hallaran el camino para volver á encontrar la carretera. No léjos de ésta vieron un cercado sobre cuyas tapias caian las ramas de un cerezo cargado de gruesa y roja fruta, á cuya agradable vista Luis sin consultar á su amigo comenzó á trepar por la pared.

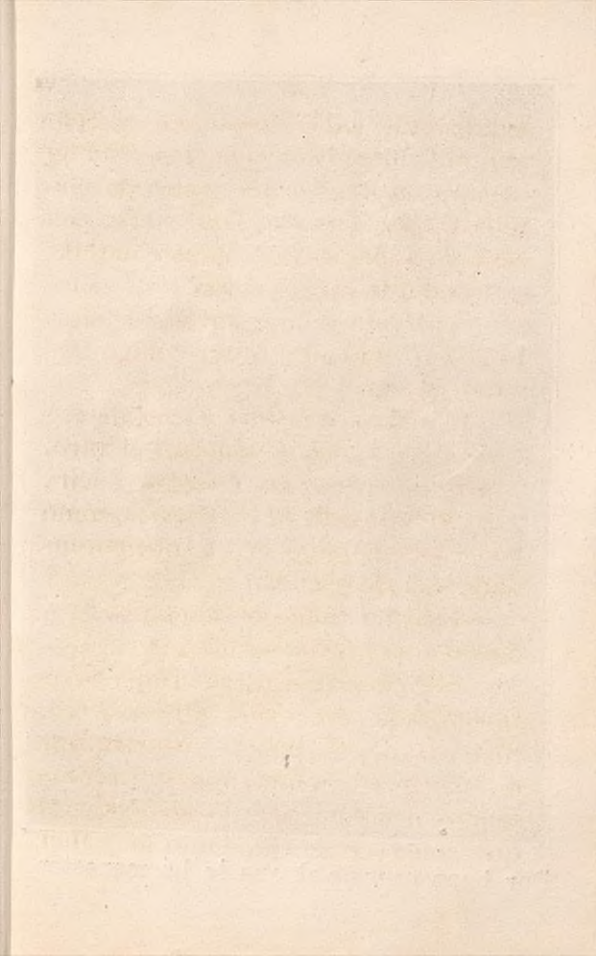
—¿Qué vas á hacer? dijo Rafael.

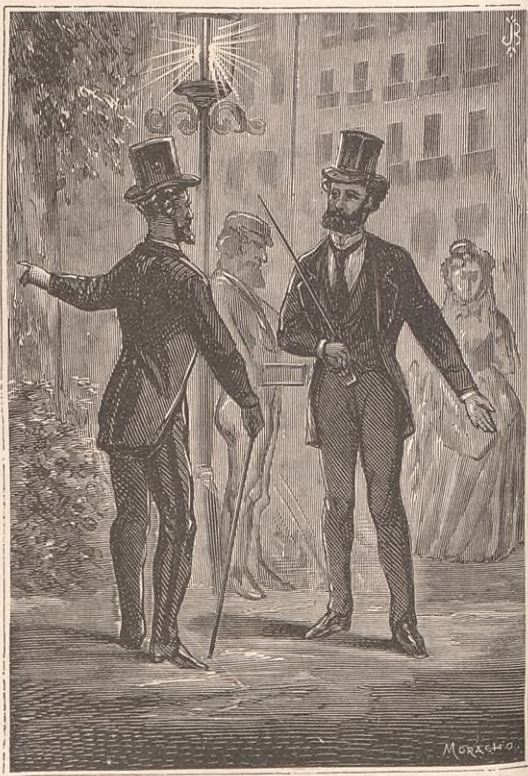
—Coger cerezas, contestó el otro.

—Robar cerezas, querrás decir, pero ¿dónde está tu honradez? ¿cómo has olvidado tan pronto lo que aprendemos en la escuela?

—Es que tengo hambre y sed, y aquí nadie puede vernos.

—Sin embargo, nos ve Dios. Si no tuviéramos necesidad de esa fruta, ningun mérito habria en privarnos de ella, pero yo creo que sufriremos ménos con esta sed que nos devora que con el remordimiento de haber





Dar buen consejo al que lo ha menester.

hecho una mala accion. Luis no contestó y se alejó cabizbajo.

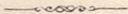
Llegó la época de la juventud y ambos amigos estudiaban juntos en Barcelona; mas como asistian á diferente cátedra no se veian más que por las noches, que solian pasar reunidos; transcurrieron, no obstante, algunos dias sin que Rafael viese á su amigo en ninguna parte, por lo que, cuidadoso por él, se dirigia á su casa, cuando lo encontró en la Rambla: preguntóle qué hacia por las noches y Luis le confesó que iba á una casa de juego, donde habia ganado tres noches seguidas algunos duros, fortuna que lo tenia loco de alegria. Y concluyó diciendo: Ven tú tambien, allí se pasa el tiempo sin sentir y no hay placer comparable al que se experimenta cuando sale la carta deseada.

Rafael reflexionó un momento, di-

ciendo por fin: Accedo gustoso á acompañarte; pero no hoy, porque tengo empeño en que vengas conmigo al teatro.

Resistióse Luis, pero al fin cedió á la influencia que siempre habia ejercido en él su buen amigo. Este lo llevó á uno de los teatros de segundo órden, en que se representaba un drama, cuyo protagonista, empezando por ser jugador, concluye por convertirse en ladron y asesino.

El jóven asistió silencioso y con torva faz al espectáculo. Concluido aquel, abrazó á Rafael diciendo: Me has salvado como siempre: te aseguro que no pondré un duro más sobre el tapete verde.





III.

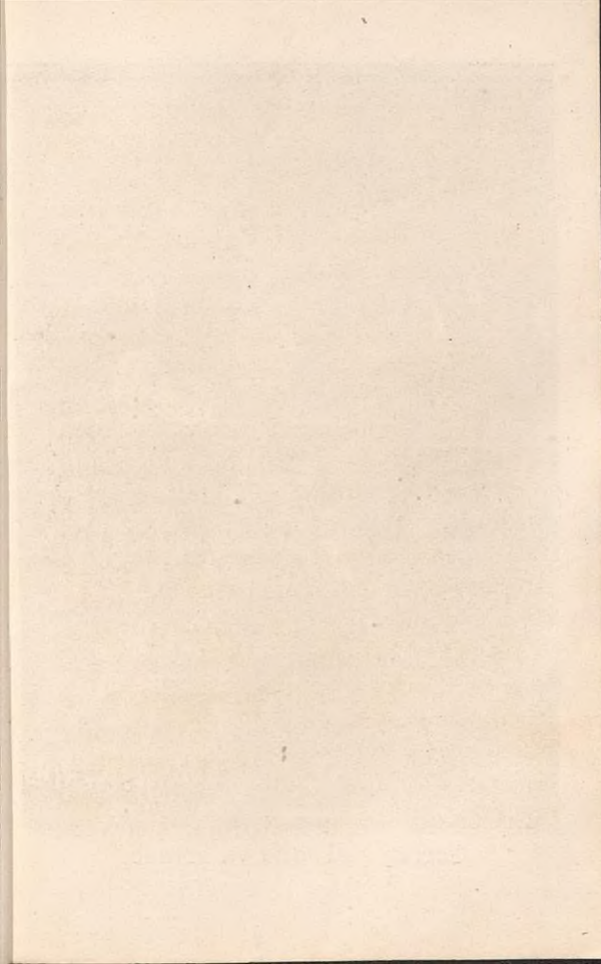
Corregir al que va errado.

Otro de los favores espirituales que pueden dispensarse á nuestro prójimo, es corregir sus yerros y apartarle del camino de la perdicion. Esta Obra de Misericordia es tan grata al Señor, que Jesucristo durante su vida la practicó con preferencia á todas las demás: así leemos que hizo ver sus errores á la Samaritana y á María Magdalena, que advirtió á cuantos seguian á los Fariseos y Sacerdotes, la mala senda por que cami-

naban, y despues de su muerte dejó oír su voz divina á Saulo para mostrarle su horrible ceguedad , y convertirlo en un celoso apóstol que trabajase en su salvacion y en la de sus hermanos.

La bella Carlota era una jovencita de buen corazon y claro talento, pero tenia la desgracia de no abrigar en su alma el sentimiento religioso. No habia conocido á su madre , habia salido tempranamente del colegio; y su padre, que era un desgraciado filósofo materialista , hablaba en su presencia de las creencias religiosas de los demás con irónico desprecio.

La sociedad que cultivaban no era la más apropósito para inspirarle la piedad y la devocion de que carecia, pues alternaba con jóvenes frívolas que no tenian otra idea que la de lucir y divertirse, ni otra deidad que la





Corregir al que va errado.

moda, ni más culto que el de su propia belleza.

Carlota iba á misa como á paseo ó al teatro, porque iban las demás; pero sin devocion, sin piedad, sin sentimiento. Por lo demás estaba medianamente instruida en las ciencias humanas, hablaba tres idiomas, cantaba con buena voz y pintaba regularmente.

Contrajo íntima amistad con una viuda jóven que tambien cultivaba las bellas artes, y ésta le enseñó sus cuadros, que eran todos de asuntos religiosos.

Carlota vió una Dolorosa de Gabriela, y se quedó pensativa porque veia que en sus cuadros faltaba algo, y aunque no era envidiosa sentia la emulacion del artista. Su amiga le permitió copiarla, lo hizo con correccion y elegancia, con bellissimo colorido, con acierto en la gradacion y en

la combinacion de la luz y las sombras; pero no quedó satisfecha.

—Mis cuadros no valen lo que los tuyos, dijo con despecho.

—Y sin embargo, repuso la viuda, la cara de tu Vírgen es más hermosa que la de la mia.

—Pero dime la verdad, amiga mia, ¿no es cierto que á la mia le falta alguna cosa?

—Lo que le falta á la rosa de tu sombrero, comparada con la que se mece en ese rosal , que sin embargo no es tan bonita.

—¡Luego les falta vida y perfume! dijo Carlota con tristeza.

—Cuando has pintado esa Vírgen, ¿pensabas en su imponderable amargura, en su inmenso amor á los pecadores, y en la sublime mision que desempeñó sobre la tierra? ¿Cuando pintabas el Ecce-homo estabas conmovida al recordar que aquel Varon de dolores era Dios?

—Carlota se sonrió.

—Cuando desaparezca de tus labios esa excéptica sonrisa, pintarás con sentimiento, porque nadie puede dar lo que no tiene, y á tus cuadros les falta el perfume de la ternura religiosa, de que carece tu alma.

—Dichosa tú, Gabriela.

—Sí, dichosa; en medio de las amarguras de la vida, porque no voy por la errada senda que á tí te conduce al abismo de la impiedad.

—Pues dirígeme, enséñame.

—Sí, lo haré, te serviré de madre, y aprenderás á llorar, á rezar y á sentir; entónces sereis tú y tus obras la rosa del jardín, llena de vida y de perfume.

En efecto, la viuda cumplió su palabra.

Con cuánto entusiasmo, con cuánta ternura se consagró á desterrar de aquella alma vírgen las ideas ma-

terialistas en que se habia educado, y los errores en que habia crecido!

Con cuánto placer observó que los sentimientos de su amiga se suavizaban y embellecian á impulsos del nuevo giro de sus pensamientos!

En adelante no solamente fué una excelente artista sino una buena cristiana, y gracias á las santas creencias que le inculcó su protectora, llegó á ser con el tiempo tierna esposa y ejemplar madre de familia.





IV.

Consolar al triste.

La tristeza embarga el alma y reduce al hombre á un estado en que carece de actividad y energía para obrar bien, haciéndole muchas veces intratable, injusto con sus semejantes y hasta ingrato con la Providencia divina, porque preocupado por la pena que sufre, olvida los favores que le ha dispensado. La tristeza apoca el espíritu, embota la inteligencia, y frecuentemente ejerce tanta influencia en la parte física del individuo, que ocasiona enfermedades que no es

raro terminen con la muerte, sin contar con los que dominados por ella pierden la razon, y con los que apelan al terrible y criminal extremo del suicidio.

Nadie que tenga sentimientos de humanidad dejará de conmoverse á la vista de un desgraciado, víctima de la tristeza y el desconsuelo, de suerte que esta Obra de Misericordia está de tal modo en nuestra naturaleza, que nos prestamos á ella voluntaria y espontáneamente, y quien es sensible y compasivo alivia los dolores de su hermano ó, cuando esto no le es posible, toma parte en ellos y llora con él.

Jesucristo consoló á las afligidas hermanas de Lázaro, devolviéndoles el hermano que lloraban perdido, despues de verter Él mismo lágrimas á la vista de su sepulcro; resucitó tambien al hijo de la viuda que habia

perdido con él todo sosten y consuelo, compadecido al ver el llanto de la triste madre; y la misma compasion manifestaba á cuantos imploraban su auxilio en las aflicciones.

El señor Valle, antiguo empleado, no tenia más que un hijo, gallardo y jóven oficial de nuestro valiente ejército, y una hija, hacendosa y amante de sus padres, á quienes mantenía con su incesante trabajo, bordando primorosamente.

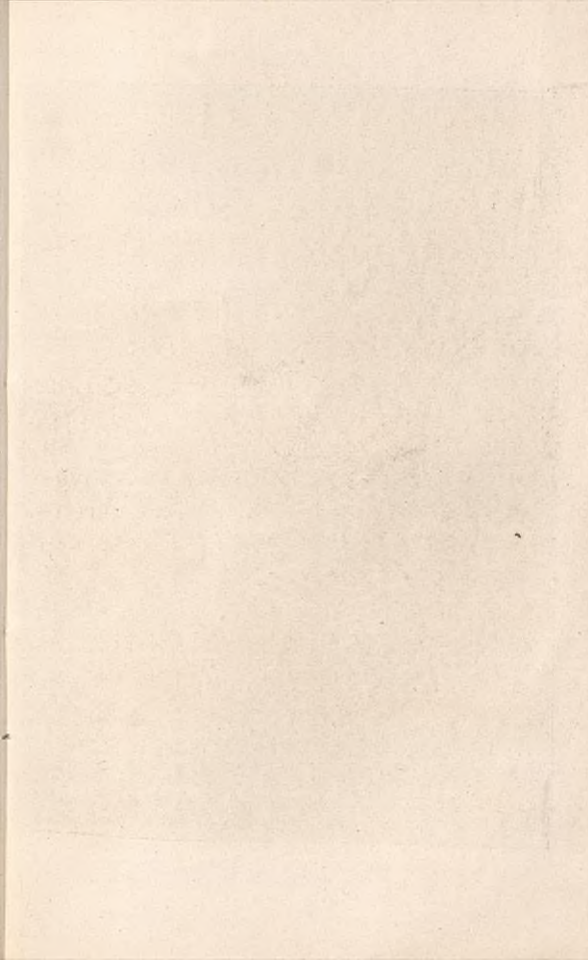
El jóven casó con una virtuosa mujer, que murió á los dos años, despues de hacerlo padre de una niña que fué á aumentar la familia del anciano.

Ocho años más tarde la hija de Valle sucumbió á una larga y penosa enfermedad, y en los mismos dias su hermano fué destinado á la Isla de Cuba, falleciendo tambien á los

pocos meses de su llegada, víctima del vómito, enfermedad propia de aquella Antilla.

Imposible es describir la amargura de los pobres ancianos, faltos de apoyo, de compañía y de consuelo: no sabían donde volver los ojos, buscando un lenitivo á su dolor; los esfuerzos de sus amigos eran ineficaces, la madre cayó enferma, víctima de una fiebre nerviosa, y su esposo pasaba largas horas apoyados los codos en su mesa y la frente entre las manos, ocultando las ardientes lágrimas que corrían por sus mejillas.

Dios, empero, les habia dejado un ángel que, cuando sacudiesen un momento la atonia del dolor, dulcificase su amargura, les acompañase y sostuviera, les ligase á la vida y les hiciese entrever el cielo. Allí estaba la hija del militar; preciosa





Consolar al triste.

niña de nueve años, que escuchaba atenta las prescripciones del médico y las ponía por obra, que prodigaba las más tiernas y cariñosas frases á sus abuelos, que les instaba á cuidarse y vivir el uno para el otro y ambos para ella, diciéndoles que procuraría suplir á todo lo que habian perdido.

—Ya no puede haber mayores penas para nosotros, decia irreflexiblemente á su esposo la señora de Valle.

—Sí señora, dijo candorosamente la niña, podia Dios llamarme á sí y quedarian Vds. solos en el mundo.

—¿Pero tú misma no eres bien desgraciada?

—Yo creo que hay otros que lo son mucho más; tengo en Vds. padres y Vds. tienen en mí una hija; no hemos quedado del todo faltos de recursos, puesto que, segun dicen Vds.

percibiré la pensión como huérfana de militar; además, bordaré para las tiendas, y por la noche, despues de rogar á Dios por mis padres y mi tia, leeré buenos libros, que les consuelen y distraigan.

Tiene razon, dijo el abuelo á su esposa, con el amor de este ángel aún podemos, ántes de bajar á la tumba, disfrutar algunos dias, no dichosos, pero sí tranquilos.

En efecto; durante su niñez y su juventud aquella dulce huérfana se dedicó por entero á consolar la tristeza de sus ancianos abuelos.





V.

Perdonar las injurias.

Una de las ocasiones en que brilla más la nobleza y la grandeza de alma de las personas virtuosas, es cuando perdonan al que los ha injuriado; y uno de los caracteres más sublimes de la religion de Jesucristo, es este perdon, esta misericordia que prescribe al ofendido respecto del ofensor.

La venganza por más repugnante que sea al que reflexiona sobreel la, particularmente si su corazon es noble y digno, es el impulso primero

del que se ve agraviado, cuando la educacion, el sentimiento de la humanidad, y la conciencia de sus deberes no le impulsan á sofocar la voz del resentimiento y de la pasion excitada.

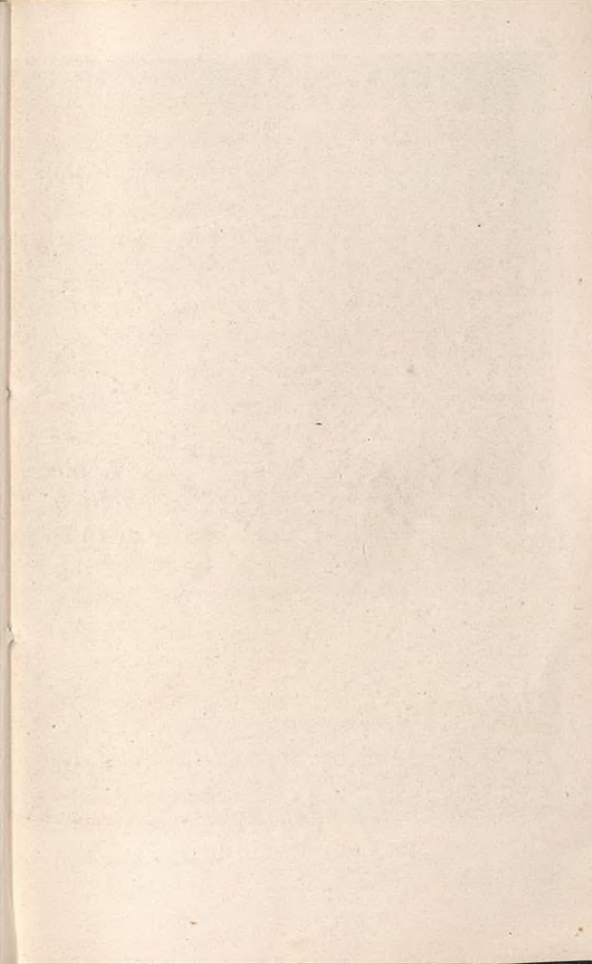
Por eso Jesucristo dijo á los que le escuchaban : «A vuestros padres se ordenó que amasen á sus bienhechores y rogasen á Dios por los que les aman y favorecen; pero yo os digo que ameis á los que os aborrecen y rogueis á Dios por los que os calumnian y persiguen; y para que cada uno pronunciase su propia sentencia, si no observaba tan interesante precepto, les encargó que en la oracion cotidiana dijesen : Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

Tambien esto nos lo enseñó con las obras no ménos que con las pala-

bras, pues estando clavado en la cruz sufriendo los agudísimos dolores de las heridas que los clavos habian abierto en sus sagrados piés y manos, sintiendo ensancharse aquellas mismas heridas por el peso de su cuerpo, débil, congojoso, y no advirtiéndole en los que acababan de tratarle con tan bárbara crueldad señal alguna de arrepentimiento; viendo en todos los semblantes que le rodeaban el sarcasmo y la mofa y oyendo por do quier insultantes palabras, que aumentaban el dolor de su situacion, abre sus labios, no para maldecir á sus verdugos, no para reprenderlos, ni para quejarse siquiera: su voz es suave en medio de sus sufrimientos, su acento lleno de incomparable dulzura, y sus palabras como de un Dios clemente y misericordioso, son: «PADRE MIO, PERDÓNALOS : ¡NO SABEN LO QUE HACEN!»

¡Bellísima frase! Jesús había dicho rogado á Dios por vuestros enemigos; y Él, no solamente imploraba perdón para ellos, sino que buscaba disculpa á su proceder.

La naturaleza humana es imperfecta y á pocos les es dado llegar á la sublime perfeccion, imitando al Maestro divino, pero ha habido en todo tiempo séres dotados de ánimo tan levantado, de espíritu tan generoso, que han observado una noble conducta, amando y perdonando á su ofensor en los momentos mismos en que se ensañaba contra ellos: así S. Estéban proto-mártir, recibiendo los golpes de las piedras, que martirizaban su cuerpo hasta quitarle la vida, exclamaba mirando al cielo: «Señor, no les hagais cargo de este delito.» Y aún en nuestros tiempos, en que la fé palidece y la caridad se entibia, en nuestra sociedad mate-





Perdonar las injurias.

rial y egoista, se han admirado rasgos de grandeza de alma, como el que vamos á referir.

En una de las conmociones políticas que con tanta frecuencia turban la paz de las grandes capitales de Europa, cuando en la ciudad de París bramaba el ódio de la plebe contra el clero y la aristocracia, pasaba por una calle oscura y poco frecuentada un digno sacerdote, que iba á ejercer una de las funciones anexas á su elevado ministerio. Un hombre le cerró el paso y con brusco ademán y descompuestas frases le intimó que se preparase á morir, dirigiendo á su pecho la boca de una pistola.

¿Qué os he hecho, hermano mio? dijo con dulzura el ministro de Dios.

¿Qué me habeis hecho, preguntais, y llevais ese odioso hábito? contestó el hombre del pueblo, y añadió; ¡Oh si supierais cuánto os detesto!

—Y vos, amigo mio, ¡si supierais cuánto os amo!

El agresor lo miró sorprendido. ¿Decís eso porque teneis miedo? preguntó.

—Sí, miedo de que uno de mis hermanos cometa un crimen: por lo demás ¿qué me importa dejar este mundo miserable? herid si os atreveis, querido hermano; y presentaba su indefenso pecho.

Una escena conmovedora siguió á estas palabras; el hombre del pueblo cayó á los pies del hombre de Dios, despues de arrojar el arma, y con voz interrumpida por los sollozos imploró su perdon.

El otro le tendió los brazos, y estrechándole amorosamente en ellos, levantó sus ojos, húmedos de emocion, á la bóveda estrellada. Dios sin duda bendecia desde el cielo la contricion de uno de aquellos séres y la sublime caridad del otro.



VI.

Sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo.

La paciencia es una de las virtudes más recomendadas y practicadas por Jesucristo, que quiso vestirse de la humana naturaleza para sufrir las incomodidades anexas á ella y enseñarnos á soportarlas.

Los dolores y enfermedades, el rigor de las estaciones, las privaciones de la pobreza, el hastío de una vida ociosa, la agitación y cansancio del que la tiene harto atareada, son motivos para ejercitar la paciencia; y si se agrega á esto, que la socie-

dad, entre sus muchas ventajas, tiene el inconveniente de haberse de soportar sus individuos recíprocamente los defectos; se comprende que la Iglesia, apreciando en su justo valor ese cúmulo de pequeños sacrificios, que la caridad y hasta la cortesía exigen, lo haya contado entre las Obras de Misericordia.

En efecto; la misma magnitud del esfuerzo, la belleza moral que brilla en él, impulsa al pecho generoso á perdonar al que atentó contra nuestra vida, al que manchó nuestra honra con la infame calumnia; pero sólo Dios puede comprender y la caridad inspirar esa paciencia del que sufre una série de pequeñas ingratitudes del pariente, del amigo, ó del criado á quienes continuamente favorece; la grosería de uno, el egoismo de otro, y las imperfecciones y flaquezas de todos.

El mismo Jesús soportó sin quejarse, amen de las murmuraciones del vulgo y de las calumnias de sus enemigos, las impertinentes cuestiones de los doctores de la Ley, las incesantes súplicas de los que le pedían la salud, la vista, el oído ó la agilidad de los miembros paralizados por la enfermedad; y viviendo en íntima union con los apóstoles, hombres en su mayor parte rudos é ignorantes, sufrió tambien la ingratitude de uno, la inconstancia de los otros, y muchas veces la falta de fé y de confianza en sus promesas.

Hace muy pocos años pudo admirarse un modelo de paciencia en las contrariedades y de cariñosa atencion con sus hermanos.

Corria una diligencia por una carretera de España, llena como la mayor parte de ellas, de baches y des-

igualdades que causaban infinita molestia á los viajeros apiñados en el vehículo. En uno de los asientos de interior habia un sugeto de mediana edad, vestido de negro, hombre de modesto porte y de bondadosa y simpática fisonomía; á su derecha se hallaba un jóven que llevaba con cierta elegancia su traje de viaje, y á la izquierda un grueso paletó, que se dormía cayendo pesadamente sobre su vecino, y dándole á cada vaiven del carruaje sendos codazos en el pecho ó en el costado.

Enfrente iban dos señoras y un niño, el cual lloraba porque queria bajar y pataleaba rozando con sus no muy limpios zapatos la ropa de los viajeros.

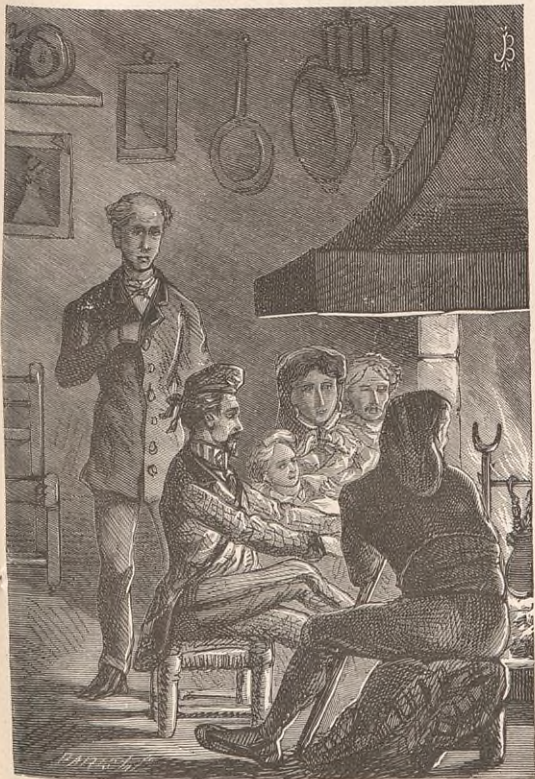
Anochece y empezaba á lloviznar, hacia viento y el agua entraba en el carruaje; el jóven trató de subir el vidrio de la portezuela; pero subió el

marco solo, porque el vidrio, si habia estado allí, no existia ya.

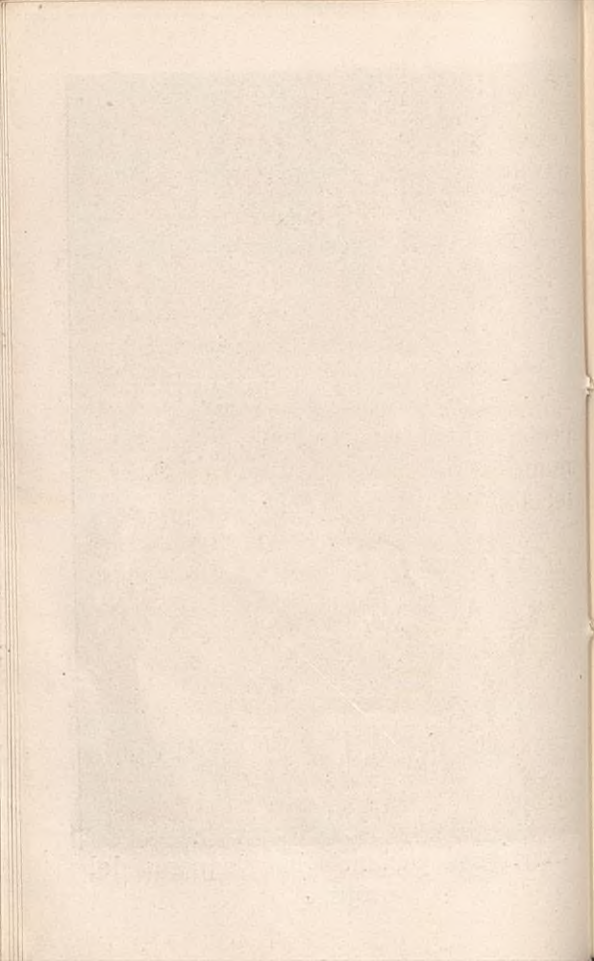
El viento aumentó hasta convertirse en un huracan, la lluvia caia á torrentes, azotando el rostro de los viajeros ; el hombre gordo y el elegante juraban, las mujeres lloraban, los gritos y los puntapiés del chiquillo iban en aumento. Sólo el de la negra levita sonreia dulcemente, y animaba y consolaba á los demás, como si él no sufriese las mismas molestias.

Por fin los caballos se negaron á continuar la penosa marcha, faltaba muy poco para llegar al término del viaje, y el conductor dijo que podian concluirlo á pié, pues otra cosa era imposible. Bajaron, todos mohinos é impacientes, ménos el de la dulce sonrisa, que se conformó gustoso, y tomó en sus brazos al niño que seguia llorando.

Llegados á la posada colocáronse los viajeros al rededor del fuego, tratando de secar sus vestidos, y sobre todo el calzado, pues habian andado con fango hasta la rodilla. El jóven llevaba unas botas de becerro, que al secarse con el calor se contrajeron y le hacian mucho daño: intentó quitárselas, pero le era imposible; sudaba y maldecia, cuando el amable compañero se acercó á él y se brindó á ayudarle, cogiendo con sus manos, blancas y delicadas como las de una señora, las sucias botas, de las que tiró con fuerza, arrodillado delante del jóven. En el momento en que el otro le daba las gracias por su oportuno servicio, mientras él enjugaba su frente bañada en sudor y se limpiaba las manos con su pañuelo, entró un criado diciendo: Han venido unos sacerdotes que preguntan si ha llegado en la diligencia el



Sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo.

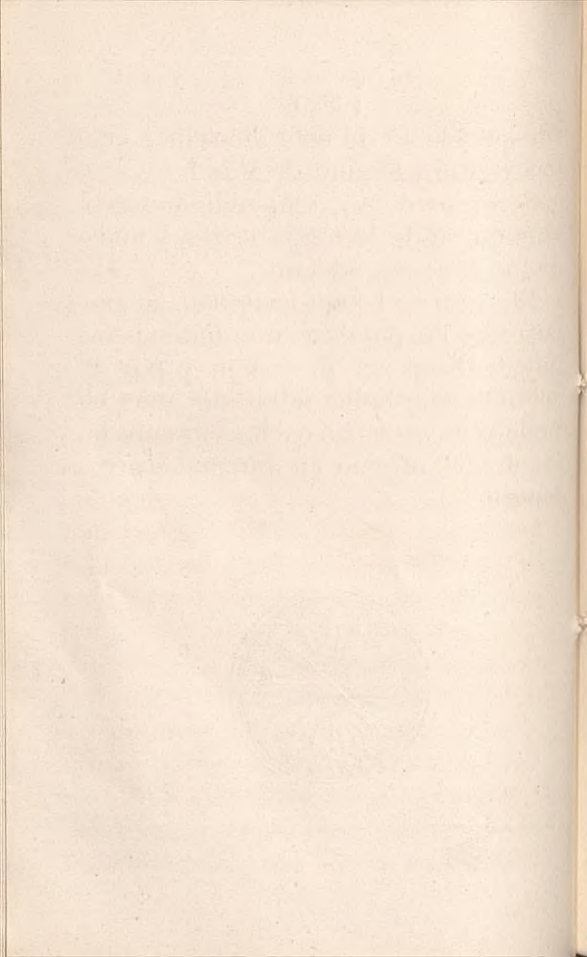


Obispo electo de esta diócesis ; ¿ es por ventura alguno de Vds.?

Servidor de V., respondió modestamente el de la negra levita, y añadió: que pasen adelante.

El jóven se levantó confuso, se excusó por las palabras que habia pronunciado en su presencia y por el servicio que habia admitido; mas el prelado le estrechó cariñosamente la mano y le ofreció su amistad y proteccion.







VII.

Rogar á Dios por vivos y muertos.

La comunión de los santos es la participación de los bienes espirituales de los individuos que componen la Iglesia católica, por medio de la cual los más justos y que más merecimientos tienen para con Dios, pueden ofrecer parte de ellos por aquellos otros más necesitados.

Así como el rico en bienes materiales hace una Obra de Misericordia alimentando, vistiendo ó amparando al necesitado, también el rico en bienes espirituales hace una espiritual

limosna rogando á Dios por sus prójimos, ya se hallen entre las pruebas y peligros de este mundo, ya hayan dejado de pertenecer á él y se suponga que están purificándose de sus faltas en el Purgatorio.

Nuestro adorable Redentor, que era la inocencia misma, pasaba frecuentemente las noches en oracion, ofreciendo al Padre celestial los dolores de su vida mortal, los crueles tormentos que le esperaban en su amarga pasion y afrentosa muerte, y en fin, la superabundancia de sus méritos por los pobres pecadores.

Muchos justos de la Ley de Gracia, despues de dar á los pobres su patrimonio, se retiraban al desierto y oraban continuamente por la triste humanidad, continuando así la buena obra, y dando á los necesitados de los méritos espirituales la limosna de la oracion, conforme habian dado

á los necesitados de alimento, vestido y albergue la limosna de sus riquezas.

El Señor inspiró á la tierna Blanca desde muy niña este deseo de asistir á sus prójimos con sus oraciones, y así tenia por costumbre todas las noches, luego que la dejaban en la cama, volverse á levantar, arrodillarse ante la imágen de Jesús, y rezar fervorosamente. Pertenece á una noble y rica familia, y disfrutaba todas las comodidades imaginables, de modo que la doncella la ayudaba á desnudar, y dejaba cerca del lecho una preciosa lamparilla que daba una tibia luz al pequeño y lindo gabinete en que dormia.

Una noche, despues de salir la doncella, pasó la madre de Blanca por delante de la puerta y oyó un ligero ruido; miró por la cerradura y vió á la hermosa niña que de nuevo se

ponia el vestido , luego se arrodilló sobre la alfombra, cruzó sus manecitas y levantó los ojos á la imágen del Crucificado. ¿Qué haces, hija mia? dijo la madre entrando.

—Ah! iba á rezar, contestó la niña; todas las noches rezo así, pero si á V. le disgusta no lo haré más.

—No me disgusta, ¿pero por qué no rezas en la cama?

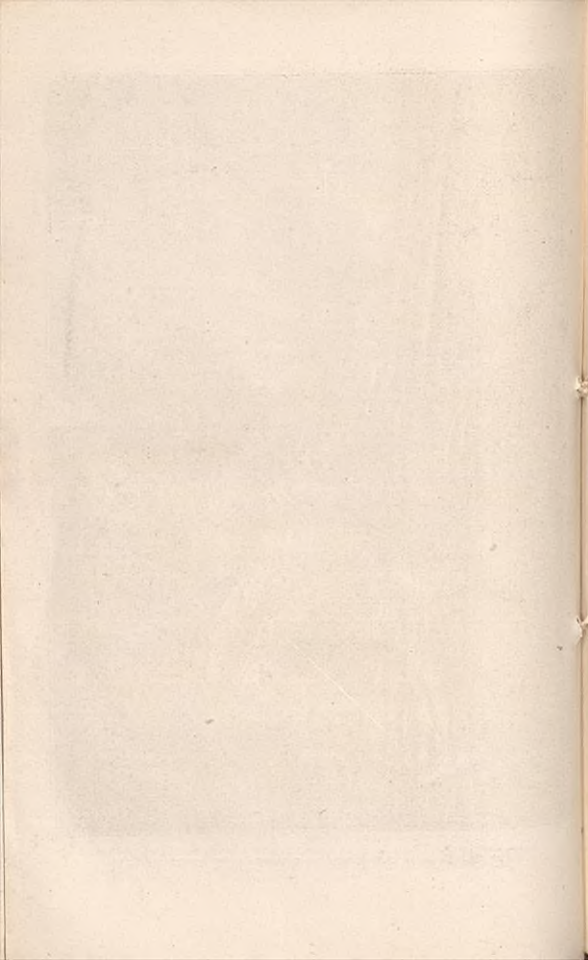
—Porque tengo mucho que pedir; y temo que me sorprenda el sueño: no quiero rezar delante de la muchacha porque he oido que las buenas obras deben hacerse en la soledad y el retiro, y me visto porque me parece más decente, y para no resfriarme, pues Vds. se afligen cuando tenemos alguna indisposicion mis hermanitos ó yo.

—¿Dices que tienes mucho qué rezar?

Si señora , ruego por Vds. y por



Rogar á Dios por vivos y muertos.



mis maestros, que tanto bien me hacen; por mis abuelos y mi buena tia, que estarán en el cielo; por mi hermanito que tanta pena causa á Vds. con sus travesuras; y por algunas niñas del colegio, cuyo genio díscolo aflige mucho á nuestra buena y querida directora.

Blanca es hoy una hermosa jóven, pero no brilla en los salones ni es el encanto de la elegante y frívola sociedad; deseosa de continuar ejerciendo sus piadosas prácticas, vive en un hospital y es hermana de la caridad, es decir, ángel de amor y de consuelo.

Allí asiste á las enfermas, auxilia á los moribundos y ora junto al féretro de los difuntos.

Niños y niñas que leéis estas páginas, imitadla en su laudable costumbre de orar continuamente. La

oracion es tan agradable á Dios y tan fecunda en beneficios para el que fervoroso y humilde se entrega á ella, que no me seria dable encareecer sus virtudes. Es el perfume de las almas, que sube purísimo al cielo y que los ángeles presentan á Dios.

Orad todos los dias, y añadid eslabones á esa dulce cadena, á esa guirnalda de flores, que une á los tristes habitantes de este valle de lágrimas con los felices moradores de la patria celestial, y á todos los justos con el Eterno Padre.



